Tormentas sin nombres

El cambio climático está causando estragos en América Central

Boston Review | 28 de febrero de 2012
Por Douglas Haynes
Traducido por Marina Ilari

Liz Granberg

"Vale la pena subir hasta aquí a tomar un cafecito y meditar sobre el mundo, tal vez escribir un poema". Así me dijo Evenor Malespín en la cima de San Pedro de Carazo, el cerro más alto de Nicaragua. "O hasta para comer carne asada". Malespín tiene tres huesudas vacas lecheras color avellana, pero los agricultores de subsistencia como él, rara vez pueden acceder a comer carne.

Un volcán extinguido llamado Mombacho se erguía ante nosotros, con su cúpula forestada perdiéndose entre las nubes que lo rodeaban como una manta de plumas sobre la implacable tierra verde. A lo largo de la ladera este del volcán, el Lago Nicaragua se extendía como una sábana azul hacia el horizonte. El viento agitaba los altísimos guanacastes y las ceibas en la base del cerro.

"Esto es turismo", dijo Malespín con una sonrisa, mientras se quitaba su gorra de béisbol azul Francia y se secaba la frente con ella. Sus palabras me hicieron pensar por un momento, ya que Malespín ha vivido casi la totalidad de sus 61 años en el pueblo de San Pedro, donde más de 150 de los 500 residentes viven en extrema pobreza, sin cubrir sus necesidades básicas como vivienda adecuada, saneamiento, agua y empleo. Pero para los agricultores pequeños, toda salida que no se relacione con el trabajo de sobrevivir cuenta como un paseo.

“Cuando llueve mucho, los frijoles se pudren”, me cuenta Malespín. “Cuando hay sequía, tienes más frijoles, porque los frijoles necesitan menos agua. Pero no tienes maíz, no tienes arroz. Si no es una cosa, es la otra”. Malespín soltó una carcajada que se desvaneció en un suspiro: “Este es el problema. Este es el problema”.

En los últimos años, las sequías extremas que alternan con las intensas lluvias han castigado los cultivos que Malespín produce en sus tres hectáreas y media. “El calentamiento global está agravando la estación seca”, dijo, “y las lluvias son muy fuertes a comienzos de la temporada de lluvias”.

En mis siete visitas recientes a América Central como escritor, maestro y voluntario, he conocido innumerables agricultores que repiten lo que cuenta Malespín. Sus historias muestran cómo el cambio climático está empujando gradualmente a la gente hacia la pobreza y está agravando la inseguridad alimentaria de este pueblo ya vulnerable.

Además de generar nuevas dificultades, el cambio climático hace que las desigualdades se agudicen a lo largo del año. Los efectos del cambio climático se están sintiendo en América Central, a pesar de que sus habitantes son algunos de los que menos responsabilidad tienen por las emisiones. Los manifestantes están por todas partes protestando contra la injusticia del sistema económico global. A continuación, la primera prueba.

• • •

Fue una tormenta “sin nombre”, dijo el Presidente de El Salvador Mauricio Funes refiriéndose a los diez días consecutivos de lluvia en octubre pasado. No fueron parte de un huracán ni de una tormenta tropical y por lo tanto no fueron registrados como clima extremo en los medios mundiales. Pero de todos modos la tormenta fue un desastre.

Cuando finalmente las lluvias cesaron, casi el diez por ciento de Nicaragua y El Salvador estaba bajo agua. El Salvador recibió casi un metro y medio de lluvia, el promedio anual total y más de lo que recibió durante el hasta ahora insuperable Huracán Mitch, en 1998. En América Central en conjunto, las lluvias de octubre provocaron al menos 123 muertes y más de 300.000 evacuados. Nicaragua, El Salvador, Honduras y Guatemala se declararon en estado de emergencia.

Esta intensidad récord fue generada por un sistema de baja presión y aumentada por una depresión tropical y temperaturas del agua frente a las costas de El Salvador de 0,5 a 1°C por encima de la media. Esto permitió “la evaporación en el aire de más vapor de agua que el habitual”, de acuerdo con el editor de Climate Progress, Joe Romm.

El volcán Mombacho se levanta ante los campos de La Paz de Carazo, Nicaragua / fotografía de Liz Granberg

Para las zonas rurales pobres, las lluvias de octubre implican un agravamiento de la "temporada del hambre", que está afectando a la población desde hace aproximadamente seis meses. De acuerdo con un informe de noviembre de 2011 elaborado por el Grupo de Trabajo de Riesgo, Emergencias y Desastres del Comité Permanente Interagencial para América Latina y el Caribe (REDLAC), entre 200.000 y 300.000 familias rurales de América Central perdieron del 30 al 100 por ciento de sus cultivos, por un valor total de al menos u$s300 millones. El Ministerio Agropecuario y Forestal de Nicaragua estima que se destruyeron más de 6.800 hectáreas de cultivos. Más de 20.000 agricultores y sus familias, muchos de ellos entre los casi 1,5 millones de nicaragüenses que ya están desnutridos, perdieron sus alimentos y reservas de semillas para los próximos cuatro a 10 meses.

Las lluvias dañaron el 13 por ciento de la tierra cultivable de Nicaragua, y la mayoría de los agricultores se sintieron afortunados. "Si hubiera llovido cinco días más, todos los cultivos se habrían perdido", expresó el agricultor nicaragüense Wilmer Alvarez. Aún así, si bien causó mucho daño, el diluvio de octubre no fue el único.

"Esta fue la más reciente en una extensa serie de crisis anuales, con efecto acumulativo", dijo Catherine Bragg, Coordinadora Adjunta del Socorro de Emergencia en la Oficina de las Naciones Unidas para la Coordinación de Asuntos Humanitarios, tras su recorrida en noviembre de 2011 por Nicaragua y El Salvador, devastados por las inundaciones.

En el año '94, '95, '96, coseché hasta 4.000 kilos de frijoles y tenía alimentos en abundancia", dice Malespín. "Ahora, eso es imposible".

En septiembre de 2010, tuvimos semanas de lluvias torrenciales que inundaron o pudrieron gran parte de los cultivos de frijoles de Nicaragua, que son la principal fuente de proteína de los nicaragüenses. Las intensas sequías de 2009 afectaron a 8,5 millones de personas en Nicaragua, Guatemala, Honduras y El Salvador. En octubre de 2009, una depresión tropical causó inundaciones y desprendimientos de tierra que lavaron la totalidad de los campos de América Central. Y en 2007, una combinación de sequías tempranas e inundaciones tardías provocaron cosechas insuficientes.

Esos eventos climáticos, combinados unos tras otros, han hecho que las vidas de los agricultores y los medios de vida del público al que alimentan, sean cada vez más precarios. Malespín, al igual que muchos agricultores en San Pedro, ha perdido su cosecha de frijoles durante los últimos cuatro años.

“En el año ’94, ’95, ’96, coseché hasta 4.000 kilos de frijoles y tenía alimentos en abundancia”, dice Malespín. “Ahora, eso es imposible. No es broma tener pérdidas, porque tienes que pagar por ellas. . . . Tienes que gastar el doble en alimentos porque todo lo que perdiste ahora tienes que salir a comprarlo. Con los escasos recursos que tienes del trabajo, en lugar de comprar unos pantalones o un lindo par de zapatos, una linda camisa, compras algunas cosas baratas para poder comprar alimentos”.

En la zona rural de Nicaragua, alimentar a una familia de cuatro con una dieta básica de arroz y frijoles requiere unos u$s22 por semana, más de lo que gana un agricultor en promedio. Entonces, la mayoría de los agricultores producen gran parte de sus propios alimentos. Además de comprar alimentos cuando falla una cosecha, los agricultores tienen que comprar semillas para el cultivo del próximo año; sin cosecha del año anterior, no hay semillas para el futuro. En 2011 Malespín debió gastar más de u$s43 (casi dos tercios del ingreso mensual) para comprar suficientes semillas de frijoles como para tener suficientes frijoles para alimentar a su familia durante el año 2012. Prácticamente, ha abandonado la idea de producir lo suficiente para vender.

“No hay estabilidad aquí como solía haber”, explicó. “El clima no es como era antes”.

Debajo de sus árboles de aguacate en la cercana localidad de El Rosario, Alvarez me cuenta una historia similar. En la década de los años 80, cuando Alvarez se dedicaba a cultivar, la producción agrícola "era bastante buena, el 90 o 95 por ciento, excepto que hubiera huracanes", recuerda. “Pero había muy pocos huracanes”.

El clima de su juventud, ya no existe:

“En estos días las temporadas de lluvias son irregulares porque están afectadas por los huracanes [y] las depresiones tropicales. . . Eso provoca inundaciones que no son normales. Antes llovía mucho, pero la temporada de lluvias era estable. El 1 de mayo, el primer día de la temporada de lluvias, era seguro que llovía. La gente comenzaba a plantar antes. . . Era seguro que la temporada de sequía comenzaba en noviembre. Pero hoy, tenemos un mes más de estación seca y un mes menos de temporada de lluvias.”

Peor aún, los primeros cuatro meses de la estación seca actual se presentan con vientos inusualmente severos y lluvias sin precedentes. Los aguacates verdes se caen de los árboles de Wilmer, y ya nunca serán cosechados. Las plantas de café de Nicaragua están floreciendo cinco meses antes, perjudicando el cultivo de exportación más importante del país.

Un resultado de este extraño clima es que más del 20 por ciento de la población rural en el Departamento de Carazo (donde viven Malespín y Alvarez) es vulnerable a la inseguridad alimentaria, de acuerdo con un documento de trabajo de 2011 de la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación.

“No podemos seguir produciendo en las condiciones climáticas que tenemos hoy”, escribió en mayo de 2010 Sinforiano Cáceres, presidente de la Federación Nacional de Cooperativas de Nicaragua. “Tenemos que ser conscientes de que cada uno de nosotros tiene algo para decir y hacer en respuesta al cambio climático. Y si no decimos ni hacemos nada, tendremos ciudades colmadas de campesinos desplazados, empobrecidos, hambrientos".

•••

Zanja de desagüe en el Anexo La Primavera, en Managua, Nicaragua / fotografía de Liz Granberg

En las villas de emergencia junto al lago en Managua, la capital de Nicaragua, las implacables lluvias de octubre agitan las calles de tierra convirtiéndolas en imponentes ciénagas de lodo y basura. La gente camina con dificultad al trabajo, a la escuela, a la tienda, donde llegan cubiertos de un fango marrón. Durante los tres días más intensos de la tormenta, muchos residentes de la costa del lago casi no dejan sus casas.

"Solo salimos para ir a la tienda", cuenta Yadira Castellón, de 39 años. Yadira vive con su esposo (un obrero de la construcción), dos hijas y 6 integrantes más de la familia en un antiguo asentamiento ilegal junto a uno de las más de 30 zanjas de desagüe que llevan las aguas pluviales de Managua a una enorme fosa séptica conocida como Lago Xolotlán. Los pronunciados bancos de tierra de la zanja se cortan irregularmente hacia las casas de chapa emplazadas sobre ambas márgenes. Normalmente, las aguas grises, espumosas, salpicadas de excrementos fluyen lánguidamente 4 metros por debajo del borde de la zanja. Sin embargo, cinco minutos después del inicio de una lluvia torrencial, la zanja se llena y ruje como un río de montaña. Bolsas de plástico, botellas, zapatos y perros muertos arrastrados por el agua desde las calles de Managua se balancean en las olas de un color blanco grisáceo.

La oxidada vivienda de una sola habitación donde vive Castellón se sitúa a unos 15 metros de la zanja de desagüe. Durante las tormentas de octubre, la zanja inundaba la calle de su hogar y el agua se acumulaba contra las paredes de metal corrugado de la

casa, cubiertas de agujeros. “El agua llegaba hasta aquí”, dijo Castellon llevando su mano encallada a la mitad de su pantorrilla.

“Cada temporada de lluvias me afecta mucho. ¿Por qué? Porque mi casa no es buena. Todo pasa a través del techo de metal. Tengo que repararlo constantemente. Tengo que recoger la basura del suelo con la pala. Tengo que poner un balde para que no se moje el piso. Pero el agua llega de todos modos y los niños se suben a la cama para no tener que caminar sobre el barro.”

Al menos durante las tormentas de octubre, el agua no *subió* dentro de la casa de Castellon. El huracán Mitch fue diferente. En la oscuridad de la noche, el agua se precipitó dentro de su antigua casa en Managua, cerca de la costa del Lago Xolotlán. “Como mi casa estaba hecha de plástico y cartón, el lago la inundó”, recuerda. “El agua nos llegaba a la cintura”. El ejército no llegó a tiempo para evacuar la casa, por lo que Castellón, su esposo y sus dos pequeños hijos, Wendy y Ana Theresa, debieron huir por su cuenta, dejando todas sus pertenencias. “Perdí todo”, dijo Castellón.

El cambio climático manifiesta su forma más insidiosa en los impactos que acumula día a día: inseguridad alimentaria, enfermedades, falta de agua limpia.

Después de que Castellón y su esposo llevaron a sus hijas por el agua hasta un lugar más alto, deambularon por Managua buscando un lugar donde quedarse. Sin embargo, ningún refugio de emergencia los acogió; como no habían sido rescatados por el ejército, sus nombres no aparecían en las listas de evacuados. Pasaron dos días sin alimentos.

Esta no era la primera vez que Castellón se veía obligada a buscar un nuevo hogar. Castellón llegó a Managua cuando tenía unos 20 años, proveniente de una comunidad agrícola de montaña, en el norte de Nicaragua, buscando trabajo y educación para sus hijos, al igual que ocho de sus nueve hermanos. Creció en una zona a siete kilómetros a caballo del pueblo más cercano, donde no había trabajo. Ella y su familia vendían fruta y leña para sobrevivir, además de producir arroz, frijoles y maíz.

Después de ganarse la vida recolectando materiales reciclables durante dos años en el extenso basural de Managua, La Chureca, y luego ser desplazados por el huracán Mitch en 1998, Castellón y su familia deambularon por las casas de amigos y familiares durante cuatro años más. Finalmente se asentaron en una pedazo de tierra disponible, entre los casi 600 ocupantes en el Anexo La Primavera, el barrio ribereño donde han vivido durante los últimos nueve años.

En septiembre de 2010, la familia de Castellón se enfrentó una vez más al desplazamiento. Durante semanas la lluvia hizo crecer el Lago Xolotlán superando incluso los niveles del huracán Mitch. La zanja de desagüe se desbordó e inundó la casa de Castellón hasta los tobillos. Temió que su familia debiera unirse a los más de 10.000 nicaragüenses que ya se encontraban en refugios de emergencia. Esta vez, la Cruz Roja, los bomberos, el ejército nicaragüense y la policía nacional se unieron para evacuar el barrio de Castellón.

“Tuvimos mucha atención para nosotros”, recuerda Castellón. “Nos pidieron permiso para llevarnos, pero dijimos que no. Estábamos a punto de irnos pero la zanja de desagüe dejó de subir. Solo inundó un poco nuestra casa y nuestro patio”.

Pero esas lluvias sí evitaron que los seis niños en el hogar Castellón asistieran a la escuela por una semana. “Fue por los uniformes”, me dijo.

Cada uno de ellos solo tenía un uniforme, y estaba mojado. Cada uno tenía un par de zapatos, y estaban mojados. Tenían un par de medias, y estaban mojadas. Por eso no pudieron ir. Normalmente, lavan sus uniformes al mediodía cada día, los planchan y van a la escuela. Pero no había sol, por eso no pudieron hacerlo.

Nuevamente el año pasado, durante las lluvias de octubre, los niños no asistieron a clases. Varios padecían enfermedades respiratorias y fiebre que se prolongaron por semanas, debido a una epidemia de infecciones respiratorias agudas, diarreas, gripes y leptospirosis asociados con los períodos de lluvias intensas y humedad elevada, de acuerdo al Ministerio de Salud de Nicaragua.

Sin embargo, si se compara con los millones de otros centroamericanos que han padecido los diluvios de las últimas dos temporadas de lluvias, la familia de Castellón no se vio tan severamente afectada. Uno de los desafíos permanentes es el precio inestable de los alimentos. Las pérdidas en los cultivos no afectan solamente a los agricultores de subsistencia. También provocan que los precios de los alimentos básicos suban en los mercados de la ciudad. Allí, personas como Castellón, cuyo hogar de diez integrantes sobrevive gracias al salario de apenas u$s175 al mes, se esfuerzan por comprar lo suficiente para ingerir tres comidas de arroz y frijoles al día. Cada vez más, la familia de Castellón come solo arroz. Ella y los otros dos integrantes de su hogar están anémicos y su desnutrición se manifiesta en sus contexturas bajas y delgadas.

El agricultor nicaragüense Evenor Malespín / fotografía de Douglas Haynes

El reducido consumo de alimentos de la familia representa una tendencia regional más grande. Desde 2006, el consumo de alimentos en Nicaragua ha disminuido un 26%, de acuerdo con el Programa Mundial de Alimentos, siendo los niños pequeños, las mujeres embarazadas y las madres lactantes los principales afectados. A la par del mal clima, la explosión mundial de los biocombustibles y la especulación elevó los precios en América Central a niveles históricos. Desde entonces, han caído levemente pero se mantuvieron volátiles.

“Las personas que dependen de los mercados y que no tienen su propia tierra para cultivar se dan cuenta de que los tomates o los frijoles son muy caros”, dijo Suyen Pérez, Directora de la Oficina de Cambio Climático del gobierno de Nicaragua. “Y si los tomates y los frijoles son la fuente de proteína para sus hijos, estos se ven afectados porque disminuye el hierro que llega a su hogar cada día. Todo está conectado”.

Estas conexiones implican que en América Central—donde la infraestructura a menudo ya es inferior o inexistente, la mayoría de las personas no tienen seguro y el índice de pobreza regional sobrevuela el 50%—pequeñas fluctuaciones en el clima pueden representar amenazas existenciales. Al igual que la pobreza, el cambio climático es lo que el escritor Rob Nixon ha definido como "violencia lenta". Sus efectos son directamente visibles solo en sus encarnaciones más extremas: inundaciones, muerte, desplazamiento de poblaciones. Pero el cambio climático manifiesta su forma más insidiosa en el impacto indirecto, diario y acumulativo: inseguridad alimentaria, enfermedades, falta de agua limpia, calles y puentes arrasados. Se necesitan años de cuidadosa observación para documentar las consecuencias en los seres humanos de estos problemas cada vez mayores sobre las comunidades que no tienen redes de seguridad sociales ni económicas. Y la acumulación lenta e invisible de daños hace que convencer a los países del hemisferio norte de tomar medidas sea difícil, como lo demuestran los diecisiete años de conversaciones sobre cambio climático de la ONU.

• • •

Mientras que algunos políticos estadounidenses ni siquiera admiten que el cambio climático existe, los líderes políticos centroamericanos encuentran que el fenómeno es cada vez más imposible de ignorar.

"Los efectos [del cambio climático] no son hipotéticos, son una realidad", me dijo la Ministra del Ambiente y los Recursos Naturales de Nicaragua, Juana Argeñal, en 2010. "Cada día que pasa produce más fenómenos hidrometeorológicos que antes se presentaban en niveles más bajos. Ahora son casi naturales".

El Presidente de El Salvador, Mauricio Funes, está de acuerdo con esto. Él se refirió a las lluvias de octubre de 2011 como "uno de los desastres más dramáticos" en la historia del país. Posteriormente reunió a los representantes del Sistema de Integración Centroamericana, una organización cooperativa con seis países miembros, fuera de San Salvador y les dijo:

Otros países son responsables por su producción y emisión de CO_2, que es lo que trae problemas en países vulnerables como los nuestros, y nosotros seguimos poniendo los muertos y la destrucción. . . . Nuestra infraestructura resulta dañada, nuestros cultivos resultan dañados, mientras otros países, especialmente los países industrializados, son los responsables del cambio climático y de sus efectos perniciosos para la región.

Como reconocen Funes y otros líderes centroamericanos, los impactos negativos del cambio climático dejan al descubierto el desequilibrio de poder y recursos que existe entre los países del hemisferio norte y los del sur. América central es una de las regiones más afectadas por el cambio climático en el mundo, y la menos responsable de él. De acuerdo con el Índice Global de Riesgo Climático 2011 desarrollado por la ONG Germanwatch, Nicaragua y Honduras se encuentran entre los cinco países más afectados por eventos de clima extremo entre 1990 y 2009. No obstante, los 29 países de América Central y el Caribe juntos emiten solo el 2% del total de los gases invernadero del mundo, de acuerdo con un informe de 2010 de la Comisión Económica de las Naciones Unidas para América Latina y el Caribe y el Banco Interamericano de Desarrollo.

Esta discrepancia entre quién está creando el cambio climático y quién está padeciendo sus peores consecuencias fue el eje de la agenda de los países del hemisferio sur en las conversaciones sobre Cambio Climático de la ONU, en Durban, Sudáfrica. Allí, el

movimiento para la justicia climática en el mundo impulsó a los países líderes en emisiones de carbono a financiar un esfuerzo a largo plazo para ayudar a los países pobres más golpeados a adaptarse al cambiante clima. Los países ricos se comprometieron a establecer un Fondo Verde para el Clima administrado por la ONU, asignando u$s100.000 millones anuales a partir de 2020, pero ningún país prometió de manera individual proporcionar fondos a largo plazo.

Aún si el Fondo Verde para el Clima finalmente asignara fondos a los países centroamericanos, la tendencia regional de un clima cada vez más caluroso y seco caracterizado por lluvias excepcionalmente intensas, muy probablemente continuará. El Ministerio del Ambiente y los Recursos Naturales de Nicaragua (MARENA) pronostica un incremento promedio de la temperatura de entre 1 y 2°C entre 2020 y 2050 y una disminución significativa en las precipitaciones anuales. Es probable que las lluvias que se produzcan caigan en forma de fuertes precipitaciones. En un país donde 1,5 millones de personas, casi un cuarto de la población, están desnutridas, estas tendencias climáticas probablemente conducirán a una inseguridad alimentaria generalizada.

Y Nicaragua es solo un pequeño país en una pequeña región en un gran mundo de habitantes en su mayoría pobres que se sacuden en medio de un clima desenfrenado. Para abordar el cambio climático es necesario abordar la pobreza y viceversa. Es por esto que, de acuerdo con la Ministra del MARENA, Juana Argeñal, en su país "la principal prioridad respecto del cambio climático es la reducción de la pobreza".

Declaraciones de este tipo muestran, no solo a las potencias del hemisferio norte, sino también a los ocupantes que protestan, que los países marginalizados como Nicaragua tienen algo fundamental para incorporar a las conversaciones sobre las desigualdades sociales y su importancia. En el contexto global del cambio climático, casi todos en Estados Unidos son parte del 1%. Los norteamericanos escandalizados por la desigualdad no deben olvidar que Estados Unidos genera más dióxido de carbono per cápita, lo que causa el cambio climático, que cualquier otro país a excepción de Australia, y emite una cantidad total de dióxido de carbono que supera a los cinco mayores contaminantes combinados. En contraste, Nicaragua captura más carbono de lo que produce, de acuerdo con el MARENA. Los millones de personas que ahora sufren los efectos perjudiciales del cambio climático en América Central deberían estar en las calles de los estadounidenses gritando: "¡Somos el 99 por ciento"!

Pero deben ocuparse del negocio de la supervivencia. El agricultor Malespín me recordó esto. Después de que le pregunté acerca de los poemas que escribe sobre la cima del cerro San Pedro, se puso de pie y extendió sus largos brazos morenos.

"Este poema tiene que ver con la tierra y no está terminado aún, pero comienza así", dijo. "¡Buenos días, Madre Tierra! Con el arado de buey en las manos, perdóname por abrir tu piel, pero tengo hambre. ¡Quiero comer!"